
VICENTE SAENZ

La Doctrina de Monroe
frente a los Nazis en América

— — — — —
1823-1940
— — — — —

EDITORIAL IBEROAMERICANA

542 West 112th Street

Nueva York

Copyright 1940

EDITORIAL IBEROAMERICANA

E. 197

PALABRAS EXPLICATIVAS

Vicente Sáenz — a secas, sin adjetivos que no desea — se encuentra desde mediados de junio en Nueva York, arreglando sus apuntes para una serie de conferencias que le han sido solicitadas, y que dará sin interrupción, hasta septiembre, en varios centros intelectuales de Estados Unidos.

Editamos en esta Casa su obra fundamental, "España Heroica", la más completa y documentada aportación a la verdad sobre la tragedia española, apenas comparable a otro gran libro suyo, "Rompiendo Cadenas", editado por la Universidad Nacional de México.

Un nuevo estudio del escritor costarricense, que conoce tan a fondo los problemas de América y de Europa, causa siempre sensación en los círculos estudiosos del mundo español y americano. Pero si lo que escribe se refiere, además, a una historia contemporánea desquiciada, sangrante y dolorosa, que él mismo ha vivido en España y al regresar a Costa Rica, hará cosa de un año, mayor fuerza y más hondo valor humano cobran entonces sus alegatos y sus opiniones.

Eso es lo que ha querido la Editorial Iberoamericana al solicitarle, para darlo sin demora a las prensas y al público, el actual trabajo: obtener su opinión sobre la realidad europea y americana para mandarla impresa a todo el continente y para hacerla circular, el 20 de julio, entre los señores delegados a la próxima Conferencia Panamericana de la Habana.

Queda así explicado el por qué de esta publicación. Prestamos un servicio. Cumplimos, los editores y el autor, con un deber hacia nuestra América, hacia los ideales arraigadamente democráticos que son nuestra más preciada herencia, hacia la lucha contra el despotismo y contra la barbarie desatada actualmente sobre el mundo.

EDITORIAL IBEROAMERICANA,
A. Camacho, Gerente.

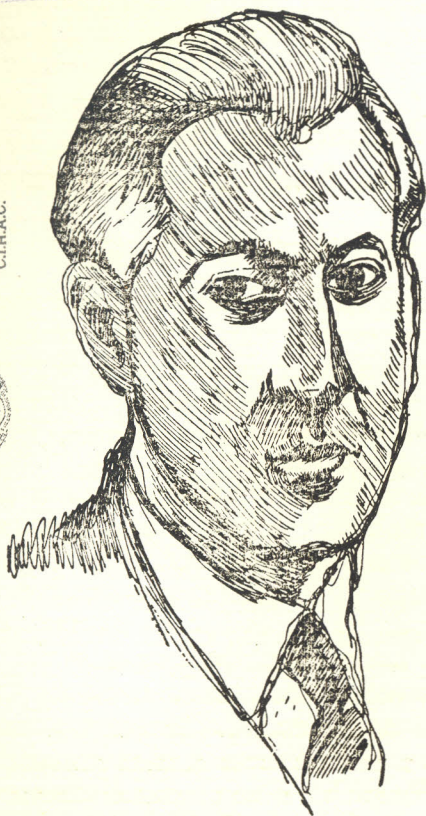
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

Centro de Investigaciones
Historicas de
America Central




CENTRO DE DOCUMENTACION

BIBLIOTECA
CARLOS MELENDEZ
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
C.I.H.A.C.



M. de la Cruz
1932

Vicente Sáenz visto por su compatriota, el
gran pintor y dibujante costarricense,
Manuel de la Cruz González



La Doctrina de Monroe frente a los Nazis en América

ESBOZO SINTETICO DE 1823

Empieza el siglo XIX. Domina en Europa Napoleón, el gran guerrero que gana batallas y conquista pueblos. Cae en España el régimen de los Borbones y queda establecido el de los Bonapartes. Un gran sacudimiento estremece a toda una raza, raza nueva americana, que quiere libertad.

Hidalgo lucha en México. San Martín en el Sur. En Venezuela Miranda. La heroica gesta se prolonga varios años. Caen unos patriotas. Otros, invencibles, van surgiendo de las pampas argentinas, de las selvas del Orinoco, de las crestas del Cordoncunca, de los bosques seculares del Amazonas.

¡Adelante! Napoleón está vencido: su hermano José Botellas salió de España, pero ha vuelto al trono de los Alfonsos y de los Felipes el felón siniestro de Fernando VII. Ya son libres las provincias Unidas del Río de la Plata. De la acción de Chacabusco se alza Chile como pueblo soberano. México confirma su independencia. Colombia y Venezuela quedan libertadas en Boyacá y en Carabobo.

Centro América, sin derramamiento de sangre, plácidamente porque España no puede distraer allí sus fuerzas, logra también emanciparse y entra como una sola entidad en su período autónomo, unida, cohesionada, como lo fué en tres siglos de coloniaje.

Pero todavía la obra no está completa. Las legiones de Bolívar — el gran guerrero que gana batallas y liberta pueblos —, saltan de cumbre en cumbre, recorren llanos, bajan a los abismos y dan un nuevo golpe a la dominación de España — ¡la España negra de ferretería en el pecho! —, ganando en Pichincha la soberanía del Ecuador.

¡Adelante! Falta el Perú. Falta Bolivia. Los húsares de Junín, los llaneros tropicales, los gauchos argentinos están firmes en su puesto, capitaneados por el Libertador y sus indomables lugartenientes Sucre, Córdoba, La Mar, Garzón, Necochea, toda una pléyade de soldados que jamás se rinden y que han ido siempre a la victoria. Y vela, sereno, por la independencia, el noble y generoso militar, de contextura civil, Francisco de Paula Santander.

Llega entonces una voz del Norte que se une al concierto triunfal de Hispano América. Es la voz de otra raza, de otro pueblo joven, que luchó asimismo por la libertad. Es la voz de Henry Clay que pide al Senado de Washington el reconocimiento de aquellas repúblicas hermanas. Es la voz de ciento cincuenta senadores que votan, decididamente, en favor de la proposición de Clay. Es la voz que proclama

el Panamericanismo sobre bases de defensa continental, de cooperación, de respeto, de libertad, de democracia, de humanidad y de justicia.

* * *

De manera que hace más de cien años, en 1823, nació efectivamente la idea de cooperación continental americana. Según las crónicas de aquella época, Henry Clay y sus compañeros del Senado se impacientaban porque el Gobierno de Washington no reconocía sobre la marcha, como ellos insistentemente lo pedían, a los nuevos Estados de la América española. Les fascinaba — ha escrito Charles Evans Hughes — “el glorioso espectáculo de varios millones de habitantes luchando heroicamente para romper sus cadenas y ser libres”. Y querían, entonces, que a los patriotas sudamericanos se les apoyara eficazmente contra la vieja y agresiva Europa.

John Quincy Adams, Secretario de Estado, no obstante su marcada simpatía por el movimiento autonomista del Sur, tuvo sin embargo que ceñirse a las prácticas de la diplomacia, considerando al principio que se trataba de una guerra civil y que, por lo mismo, debía procederse con cautela. Pero tan pronto iba perdiendo España el dominio de sus colonias, el reconocimiento y la fuerza moral y oficial de Washington eran los más firmes aliados de la libertad americana.

ESENCIA DE LA DOCTRINA DE MONROE

Así, cuando estaba en su apogeo feroz la Santa Alianza, y mitras y coronas pusieron sus ojos en Hispano América tratando de iniciar la reconquista, oyóse de nuevo la voz del Norte para decirle al mundo estas palabras, que forman la esencia de la Doctrina de Monroe:

“Se ha juzgado propicia la ocasión para establecer, como principio que afecta los derechos e intereses de los Estados Unidos, que el Continente Americano, por la libre e independiente condición que ha asumido y mantenido no debe, de aquí en adelante, considerarse como sujeto a la colonización futura por parte de una potencia europea.

“Debemos a la verdad y a las relaciones amistosas existentes entre los Estados Unidos y estas potencias europeas el declarar: que consideraríamos toda tentativa de su parte que tendiera a extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio, como atentatoria a nuestra paz y seguridad.

“No nos hemos inmiscuido ni nos inmiscuiremos en las colonias y dependencias europeas existentes; pero en cuanto a los gobiernos que han declarado su independencia — y a los que hemos, tras madura reflexión, reconocido — no podríamos considerar interposición alguna con objeto de oprimirlos o de otro modo guiar sus destinos, más que como una manifestación de índole poco amistosa hacia los Estados Unidos.”



La realidad mundial de 1823 hizo que naciera la Doctrina de Monroe, proclamada el 2 de diciembre por el Presidente de una democracia que a la sazón no disponía de acorazados, ni de hombres aguerridos, ni de fuerzas suficientes para enfrentarse a los ejércitos de la reacción europea, ultraconservadora, ultramontana y de gran potencia bélica.

Pero los veteranos del sur, descendientes de los incas, de los aztecas, de los araucanos y de los españoles auténticos, sí estaban listos para llegar hasta el final. Y pudieron entonces contestar a las amenazas de Europa con nuevas batallas, con nuevas victorias, hasta coronar la libertad del nuevo mundo en Ayacucho, un año después de haber lanzado su reto a Europa el Presidente James Monroe.

De haber puesto la Santa Alianza sus planes en ejecución, con divisiones europeas combinadas, habrían tenido que luchar los agresores contra fuerzas materiales probadas en México y en el sur como invencibles, y contra la enorme fuerza moral de la nueva doctrina americana.

Las hazañas, las proezas, los épicos combates de los libertadores, eso ciertamente era la acción. Y las palabras de Monroe, sin duda, un fuerte lazo de mutua comprensión y de acercamiento interamericano, que permitía erguirse al hemisferio occidental, vigoroso y altivo, destruyendo prejuicios y deshaciendo autocracias, contra la vieja Europa, soberbia, fanati-

zada, imperialista, cuyos monarcas fraguaban opresiones y atentados, así en sus propios países como en lejanas y codiciadas tierras al otro lado del mar.

TAMBIEN EUROPA QUIERE LIBERTAD

Mas he aquí que al correr de pocos años el panorama político cambia totalmente en Europa. La declaración francesa de los derechos del hombre y del ciudadano no se ha perdido, a pesar o a través de la violencia thermidoriana, de las guerras napoleónicas y del Imperio. Antes al contrario, los principios democrático liberales de 1789 — e incluso las nuevas leyes que fué imponiendo Bonaparte, allí donde sus armas quitaban y ponían coronas — se afirman cada vez más en la conciencia de los europeos.

Ya no podrán los reyes de Prusia, ni los czares, ni los Borbones, ni Fernando VII, ni el Emperador de Austria, ni el tortuoso Metternich, cerebro y brazo derecho de la Santa Alianza, seguir dominando con la represión, en todos sus extremos, a los pueblos revolucionados del antiguo continente. ¡Menos aún habrían entonces de soñar con la reconquista de América, imposible para ellos, los reaccionarios de una entente artificial de espadas, de cetros y de báculos, que no servían siquiera para el uso legítimo a que estaban destinados!

* * *

Al avanzar el siglo, entre 1832 y 1850, el liberalismo es la doctrina de las clases medias, de los hombres

de letras y de los profesionales en los países europeos del Mediterráneo, en las naciones escandinavas, en Inglaterra, en Suiza, en Bélgica, en Holanda; y, desde luego, se acogen también el ideario liberal los emigrados políticos húngaros, poloneses, austriacos, alemanes, rusos, etc., que pueden refugiarse y laborar intensamente, sobre todo en Londres y en París, ansiosos de libertad, de civilización y de cultura.

Pero se ha efectuado, al mismo tiempo, un cambio tan profundo en los medios de producción, como consecuencia del desarrollo de la industria en gran escala, que junto a los liberales van surgiendo los teóricos socialistas de todas las tendencias. Y como resultado de las crisis que provoca el maquinismo, eje de la revolución industrial, se van organizando los obreros para su defensa como clase, ya que la máquina — al servicio de unos pocos y no en función social —, lejos de mejorar empeora las condiciones de vida del proletariado.

* * *

1848 y los años que siguen son de enorme trascendencia histórica, con sus motines, sus libros, los partidos radicales y reformistas que se forman, los mítines al aire libre en el Hyde Park de Londres, las tribunas revolucionarias en distintas capitales europeas, la aparición de la filosofía marxista, las barricadas y los levantamientos en las calles de París. Los destellos del avance, más ideológico que prác-

tico hacia la transformación política y económica de la sociedad, se reflejan y repercuten en todas las naciones civilizadas.

En enero del 71 se opera un hecho de máxima importancia en las relaciones europeas y en el futuro del continente, al formarse el Imperio alemán en el propio palacio de Versalles. Allí, en la gran sala de los espejos — que habrá de servir más adelante para que los aliados cobren lo suyo a los teutones —, es proclamado Emperador del Reich Guillermo I de Prusia. En esa forma termina la guerra franco prusiana del 70, derrotados en Sedán los ejércitos de Napoleón III por las fuerzas de Bismarck y de Von Moltke.

ESTALLA EN 1914 LA GUERRA IMPERIALISTA

Al hacer este relato sumaráisimo del panorama europeo en el siglo XIX — indispensable para darse cuenta exacta de la realidad americana, de la última guerra mundial provocada por el Kaiser, y de lo que ocurre en nuestro días —, es imposible detenerse en fechas ni en detalles. No hay más remedio que saltar. Y saltando nos encontramos ya metidos en la terrible efervescencia de la primera mitad del siglo veinte.

Estalló, como tenía que estallar, la guerra imperialista. La afirmación rotunda: “como tenía que estallar”, hecha por algún discípulo de Carlos Marx o por algún partidario del materialismo histórico, provocaría gestos de incredulidad o de disgusto entre

muchas personas, extremadamente católicas, distinguidas y honorables, que no aceptan doctrinas “rojizantes” ni quieren saber nada de los “rojos”. Pero no será un “rojo” quien lo diga, sino el propio Vaticano en frases como éstas, usadas ya por el suscrito en varias ocasiones:

León XIII, en *Rerum Novarum*: “Más conforme a equidad debería ser la distribución de los bienes, porque los pueblos están divididos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellos una distancia inmensa: una clase poderosísima que como tiene en su mano, ella sola, todas las empresas y todo el comercio, atrae hacia sí, para su propia utilidad y provecho, todos los manantiales de la riqueza y tiene no escaso poder, aun en la administración de las cosas públicas.

“La otra clase es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y pronta por lo mismo a amotinarse. La verdad es que unos cuantos hombres han puesto sobre las espaldas de la enorme multitud de proletarios un yugo pesadísimo, que difiere poco del yugo de los esclavos.”

Pío XI, en *Quadragesimo Anno*: “La organización económica contemporánea viola el recto orden cuando el capital esclaviza a los obreros o a la clase proletaria, con tal fin y en tal forma que los negocios, y por lo tanto todo el capital, sirvan a su voluntad y a su utilidad, despreciando la dignidad humana de los obreros, la índole social de la eco-

nomía y la misma justicia social o bien común de todos.

“Salta a la vista que en nuestros tiempos no se acumulan exclusivamente riquezas, sino que se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de unos pocos. Esta concentración de riquezas y de fuerzas produce tres clases de conflictos: la lucha se encamina, primero, a alcanzar el citado poderío económico; se inicia luego una fiera batalla, con el fin de obtener el predominio sobre el poder político, para abusar consiguientemente de sus fuerzas y de su influencia en los conflictos económicos; finalmente se entabla el combate en el campo internacional, en el que luchan los Estados unos contra otros.

“Emplean las potencias su fuerza y su poder político para favorecer las utilidades económicas de sus respectivos súbditos, o haciendo que la fuerza y el poder económico sean los que resuelvan las controversias originadas entre las naciones. Con razón se habla de que cierta categoría de bienes ha de reservarse al Estado, pues lleva consigo un poder económico tal que no es posible permitir a los particulares su dominio, sin daño del mismo Estado.”

* * *

De modo que estalló en 1914 la guerra imperialista, como tenía que estallar, porque unos pocos adquieren “enormes poderes y una prepotencia económica des-

pótica"; toman luego "el predominio sobre el poder político"; y "finalmente se entabla el combate en el campo internacional, en el que luchan los Estados unos contra los otros, haciendo que la fuerza y el poder económico sean los que resuelvan las controversias originadas entre las naciones."

Estalló, pues, el conflicto, que se prolongó cuatro años, con todas sus atrocidades y con toda su bestialidad, quedando diez millones de soldados en los campos de batalla. ¡Diez millones de hombres de la clase proletaria, "la muchedumbre pobre y débil con el ánimo llagado, pronta por lo mismo a amotinarse"! , según el liberal pontífice que escribió *Rerum Novarum*.

Y como Su Santidad lo había previsto, la muchedumbre se amotina; o está a punto de hacerlo, sin remedio, antes de firmarse la paz y en la post guerra, viniéndose abajo el imperio de los czares, el de los Hapsburgos y el de los Hohenzollern.

De otros Estados y coronas, al reajustar de nuevo el mapa de la sangrante y abatida Europa, se hacen cargo los aliados victoriosos. El 28 de junio de 1919 se firma el Tratado de Versalles. Han tenido lugar las memorables asambleas en el mismo palacio, y en la misma sala monumental de los espejos, que sirvió de escenario a Bismarck para humillar a Francia después de la guerra del 70.

Vencida, pues, Alemania; derrumbado el imperio; abatida la soberbia del militarismo teutón, no le que-

da otro camino a! derrotado que someterse a la ley del vencedor. Limitación de armamentos. Indemnizaciones de guerra. Libertad de pueblos, no alemanes, que habían estado sujetos al dominio de Berlín: 27,525 millas cuadradas se le segregan en la propia Europa. Pérdida de las colonias: un millón y cuarto de millas cuadradas quedan bajo el mandato de las principales potencias victoriosas.

APARECE HITLER EN ESCENA

Pero he aquí que apenas habrán transcurrido cuatro años cortos desde el fracaso de los Hohenzollern, y ya está organizándose en el Reich, hacia 1923, un intenso movimiento contra el Tratado de Versalles. Lo dirige un pintor de puertas y ventanas, llamado Adolfo Hitler. Oculta su nacionalidad austriaca, haciéndose pasar por alemán. La demagogia que predica es convincente: el resurgimiento de Alemania, el predominio de los arios teutónicos, la grandeza indiscutible del pueblo alemán, escogido por Dios para dominar a los demás. ¡Y el desquite! "Deutschland über alles".

Se puede hacer esa labor al amparo precisamente de la democracia, que los jefes del nuevo partido aprovechan — siendo enemigos de la libertad y de la doctrina democrática — para tomar posiciones políticas destacadas merced, ni más ni menos, al sufragio electoral.

Los aliados, entretanto, prestan todo su apoyo moral y material, todo su auxilio económico al Gobierno

de una nación "que ya no es agresora", de tal modo que pueda rehacerse, poner en pie de producción su gran industria y cumplir sus compromisos con los propios vencedores, sin perturbar otra vez la paz del mundo.

* * *

De manera que el espíritu de la paz y de la asistencia mutua prevalecen en Europa, terriblemente sacudida y abatida después de la guerra del 14, sin que nadie se preocupe de las actividades que sigue desarrollando en Alemania el grupo "revanchista".

Y prevalece, por añadidura, un espíritu tal de mansedumbre, de bondad y de cooperación internacional en el Gobierno de Berlín, que el 10 de septiembre de 1926 se le abren de par en par las puertas de la Sociedad de las Naciones.

¡Son emocionantes los discursos de Aristides Briand, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Francesa, y el de Gustavo Stresseman, Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, contestando el saludo de bienvenida del Presidente de la Liga, y agradeciendo la unánime votación pro Reich de las cuarenta y ocho naciones representadas en la Asamblea! ¡Allí, en Ginebra, sin odios, sin rencores, con serenidad, con un alto espíritu de justicia, podrá revisarse y enmendarse el Tratado de Versalles!

* * *

La ilusión, sin embargo, se desvanece pronto. Van pasando los años y van pasando, al mismo tiempo, los estadistas alemanes de la paz. De pintar puertas y ventanas, de combatir desde la llanura a los Estados vecinos y a las "razas inferiores", ha saltado Hitler, en 1933, a Canciller del régimen de Hindenburg.

Alemania, entonces, se rearma. Aprovecha los medios que han puesto a su disposición las democracias; es decir, el capitalismo internacional — para ceñirme a los hechos con mayor exactitud —. Construye fortificaciones. Construye acorazados. Reta, con la línea Siegfried, a la línea Maginot. Su flota de aviones y de submarinos es bien pronto amenaza muy seria contra las poblaciones abiertas y contra toda clase de navíos. Y sintiéndose fuerte al fin, para el primer ataque, ocupa en marzo de 1936 la zona de Renania.

A los pocos meses ya es aquel lunático pintor de brocha gorda, mesiánico, ególatra y supersticioso, que empezó su agitación en 1923, el Fuehrer omnipotente del Tercer Reich. En sus manos se concentran todos los poderes del Estado nazi. Y con lenguaje violento pronuncia su famoso discurso en el Reichstag, a principios de 1937, en el que denuncia el Tratado de Versalles y desafía, con la máxima fuerza de su autoridad oficial, a las potencias eu-

ropeas que el desorbitado poseso austriaco considera enemigas de Alemania.

EJE ROMA-BERLIN VERSUS EJE LONDRES-PARIS

Desde un punto de vista absolutamente lógico para los que han estudiado el desarrollo y las crisis del capital monopolista — por acumulación financiera, superproducción, subconsumo, carencia de materias primas, etc. —, crisis que al agudizarse terminan en catastróficos choques internacionales; desde un punto de vista rigurosamente científico en sociología, explicable y aceptable incluso para el Vaticano, como se pudo ver en página anterior, la actitud rabiosa de Hitler está presagiando en el Reichstag la nueva carnicería que se avecina.

La lucha se puede definir, en otras palabras, como lucha sorda de dos ejes imperialistas, precursora de la guerra, sin que haya sitio para el engaño, para la farsa puesta en boga por la propaganda, de que se trata de divergencias ideológicas.

Así se observa lisa y llanamente, con perfecta claridad, desde 1936, en que los dictadores nazifascistas deciden asegurarse en España, atacando e invadiendo a una nación que — a propósito de comunismo — no mantenía siquiera relaciones diplomáticas con el Soviet.

De modo que a la luz del entendimiento de cualquier observador realista, medianamente preparado,

la fórmula no puede ser más simple: Eje Roma-Berlín versus Eje Londres - París. ¡Intereses materiales! ¡Necesidades biológicas! Lo que Mussolini ha dado en llamar "espacio vital", porque los Estados modernos no emprenden cruzadas por ideas, ni se lanzan a la destrucción en defensa de doctrinas abstractas o de lejanos y problemáticos peligros.

¡Imperialismo, entonces, contra imperialismo! Civilizado, si se quiere — hasta donde un imperialismo pueda serlo —; con inspiración humanista, liberal y democrática, el de Inglaterra y Francia. Bárbaro, por el contrario; criminal y feroz hasta el sadismo; brutal, sanguinario y agresivo hasta tomar cariz satánico, el de los dos amos totalitarios de Italia y Alemania.

Sus masacres vandálicas de seres indefensos que no estaban en las trincheras, de ancianos, de mujeres y de niños, pasarán a la Historia como símbolo del anti hombre, que también se podría llamar el hombre bestia.

EL CRIMEN DE TODOS CONTRA ESPAÑA

Pero los estadistas europeos no se dan o no quieren darse cuenta de la realidad. El caso de España es elocuente. Allí estuve gran parte de la guerra; y después de haber vivido y sufrido lo más intenso de la tragedia española, preludeo de la que hoy está ensangrentando, desmoralizando y desquiciando a las naciones europeas; después de haber acumulado

las más horribles y torturantes experiencias de lo que es la barbarie nazifascista, comprendo que faltaría a mi deber de costarricense, a mi deber de hispanoamericano, a mi deber de hombre, si no continuase proclamando mi odio al salvajismo y a la brutalidad; si guardase silencio — dándome por vencido al final de tanto dolor y de tanta lucha — ante las victorias de la swástica y de sus quintas columnas, amparado vil o medrosamente en el dicho de que le llaman Sancho al buen callar.

Es obligación de quienes nacimos en el nuevo mundo, como también de aquellos que en este hemisferio occidental respiran y encuentran lo que no respiraron ni encontraron en Europa; es obligación de unos y de otros defender y preservar al continente americano de lo que hacen y predicán los totalitarios.

Sus cobardes asesinatos colectivos desde la *cabina* — perdónese el barbarismo — de un avión; su soberbia y sus “represalias”, confesadas y gritadas por Hitler ante la faz del mundo, cuando ordenó el bombardeo del puerto de Almería; sus crímenes monstruosos contra la naturaleza misma de la especie humana — por fuera y por dentro: en la carne del hombre y en su espíritu —, son un baldón que no podrá borrarse de la Historia. Podría, tal vez, atenuarse, si en provecho de la justicia y de la civilización, para dominarlos y vencerlos, decidiera proceder también totalitariamente la parte buena y generosa de la humanidad.

* * *

Para sentir estas cosas que le quebrantan a uno para siempre, hay que haberlas visto, hay que haberlas sufrido. Yo tuve la dolorosa oportunidad, como muy pocos hispanoamericanos, de verlas y de sufrirlas. Con los nervios crispados de indignación escribí en 1937, desde Madrid, Valencia y Barcelona, un llamamiento a nuestra América titulado *El Resplandor de España*, cuyas tres ediciones circularon profusamente. Unos cuantos párrafos dan idea cabal del crimen de los totalitarios y de la tragedia de los españoles:

“¡Aeroplanos! ¡Impía matanza desde el aire! Tanques. Ametralladoras. Minas en los mares. Cañoneo de puertos desarmados. Bombas incendiarias. Bombas explosivas. Lanzallamas. Gases asfixiantes. Ruinas. Explosiones. Fuego. Sangre. Destrucción. Cadáveres.

“¡La barbarie científica sobre España y contra España! Sobre pueblos pequeños y humildes, alejados de los frentes de guerra. Sobre la población civil de las grandes ciudades, a la que quieren los invasores y sus cómplices de adentro desmoralizar por el terror.

“¡El terror! ¡El terror! Evacuación torturante de centros urbanos en peligro. Familias enteras que lo dejan todo, que todo lo pierden y abandonan para salvarse.

“Han visto entre los escombros de casas vecinas

los cuerpos destrozados del pariente, del abuelo, de la madre que dormía con su hijo al pecho, del trabajador que reposaba en su cama con los ojos cerrados, después de largas horas de labor intensa, y despertó en la eternidad con los ojos desmesuradamente abiertos.

“Salen del pueblo los supervivientes, bajo la nieve, bajo la lluvia, con los pies inflamados y el alma deshecha, en busca de un lejano rincón que los ampare. Muchos no llegan. ¡Málaga, Málaga, camino de Almería!

“A nadie respetan los obuses de los artilleros ni la metralla que lanzan los aviones. Los modernos Fiat, los Savoia, los Romeo, los Junkers, los Capronis, los Falke, los Brummer y los Heinkels, vuelan sobre los evacuados, sobre los montes, sobre las carreteras, rojas de sangre y de vísceras deshechas.

“¡La barbarie científica está “civilizando”! Y el éxodo se convierte en gritos de angustia, en voces de dolor, en cabezas cercenadas, en mujeres muertas, en niños con las entrañas al sol y al aire.”

*
* *

La cruel matanza, que comenzó en 1936 “por la urgencia de evitar una revolución comunista”, inventada por Berlín para distraer y asustar al Eje Londres-París, se barbariza hasta lo más horrendo, en el curso de 1937 y de 1938. Millares de obuses y de bombas incendiarias han caído, día tras día, noche tras noche, sobre Madrid, Valencia, Barcelona, Sa-

gunto, Tortosa, sobre la populosa región mediterránea, sobre el territorio entero del Centro y de Levante.

En el norte, en el sur y en Euzkadi la destrucción y la matanza toman proporciones aterradoras. Ciudades y pequeños caseríos de la católica provincia vasca — como del resto de la península —: Elorrio, Ceanuri, Bolívar, Eibar, Yurre, Munguía, tantos pueblos más, quedan en ruinas. ¡Y Durango! ¡Y la histórica y sagrada villa de Guernica!

Lo propio que en la tierra está ocurriendo en el mar. Hitler y Mussolini intensifican, cada vez con mayor fuerza, la ofensiva nazifascista contra España. Ya son dueños del Cantábrico. Y de un extremo a otro del Mediterráneo, en las costas de Argelia, en las costas de Túnez, a la entrada de los Dardanelos, frente a Barcelona, frente a Valencia, son bombardeados y hundidos barcos ingleses, españoles, franceses, daneses, rusos, griegos, de cualquier nacionalidad que mantenga relaciones con la democracia española.

Hacen el ataque submarinos, aviones o destructores cuya bandera y cuyos pilotos bien sabe el mundo — bien lo saben Blum, Eden, Chamberlain y Daladier — que son italianos y alemanes. Pero no se toma ninguna medida contra lo que llama Londres “piratería desconocida”, precisamente — según los fascistoides — porque es desconocida; y, además, porque en Derecho — tal es la opinión jurídica del maravilloso Chamberlain —, “no hay declaratoria oficial

de guerra de Italia o de Alemania contra España ni contra nadie.”

Acude el Gobierno español, reiteradamente, a la Sociedad de las Naciones. Solicita con insistencia que se cumpla el artículo décimo del pacto ginebrino sobre seguridad colectiva, aprobado y firmado por todos los países miembros de la Liga; que se respete el Derecho Internacional; que se le permita proveerse del material bélico necesario para defender su territorio; que no se le aten las manos, frente a la traición interior y frente a la invasión exterior de que viene siendo víctima desde 1936.

Mas Europa, la Europa oficial, se cruza de brazos. Está empecinada la diplomacia de Downing Street y del Quai d'Orsay en mantener una nueva tesis, en pugna con el derecho de gentes, que bautizó Leon Blum con el nombre de no intervención, de neutralidad. Pero esta tesis, por el apoyo que Italia y Alemania prestan a los facciosos, amigos e instrumentos del totalitarismo, no es otra cosa que tesis abiertamente favorable a los designios futuros de Hitler y de Mussolini contra el Eje Londres-París.

¿No lo ven quienes están gobernando en Inglaterra y Francia? Sí, lo ven, pero cierran los ojos. Es mejor cerrarlos y esperar que España se desangre, porque Hitler y Mussolini, naturalmente, acabarán después con el comunismo. Lo dice el Fuehrer en su *Mein Kampf* y en todos sus discursos. Lo repite sin cesar el Duce. Y la literatura falaz de Goebbels va siempre dirigida contra Stalin y el Soviet.

* * *

En tales condiciones hay que ponerle fin a lo de España; ahogar con la guerra económica al pueblo español; asfixiar, dejándolo sin divisas, al Gobierno legítimo que no quiere darse por vencido. ¿Preparan el bloqueo las potencias totalitarias? No; y he aquí la gran enormidad, por no decir monstruosidad: el bloqueo económico es preparado y es dirigido por las potencias democráticas, ni más ni menos; por la banca oficial, semioficial o privada de casi todas las naciones europeas.

Moverán algunos la cabeza con incredulidad. Pues no la muevan, que las cifras no engañan. Solamente del mes de agosto de 1936 a enero de 1937 fueron bloqueadas, en números redondos, las siguientes cantidades al Estado republicano español:

Francia, 40,000,000 de francos.

Dinamarca, 2,000,000 de coronas danesas.

Suecia, 3,000,000 de coronas suecas.

Holanda, 3,100,000 florines.

Finlandia, 9,000,000 de marcos finlandeses.

Suiza, 3,000,000 de francos suizos.

Rumania, 150,000,000 de leis, por 8,000,000 de pesetas.

Gran Bretaña, 1,999,000 libras esterlinas.

Incluye esta británica suma el bloqueo inicial del "ASCO" (¡ASCO!...: Anglo Spanish Clearing Office), por £1,700,000.00; remesa al Martins Bank,

Limited, por £239,000.00; y £60,000.00 retenidas por el British Overseas Bank, causando graves trastornos en el pago de legaciones y embajadas.

No está completa la lista. Pero el cuadro anterior es suficiente para comprender y juzgar la actitud del mundo oficial y financiero de Europa contra España, tomando "porque sí" el producto de sus exportaciones, para dejarla sin divisas y desequilibrar su balanza de pagos; poniendo, pues, todo su empeño en complacer a Hitler y a Mussolini, impresionadas las democracias o las plutocracias, seguramente, por la propaganda de Goebbels contra el pueblo español "comunizado".

Y para que la cooperación con los totalitarios sea más eficaz, banqueros londinenses de la City, en connivencia con empresas petroleras como la Royal Dutch, otorgan fuertes créditos a los facciosos de Burgos. Así tienen combustible asegurado los aviones y los tanques de los invasores, con el visto bueno de Chamberlain y de las autoridades holandesas. En julio de 1937 informaciones periodísticas, tal vez exageradas, hacen llegar esos créditos a cuarenta millones de libras esterlinas, cuyo reembolso pretenderán asegurarse los banqueros en Roma o en Berlín.

POLITICOS Y GOBERNANTES QUINTACOLUMNIZADOS

Mientras España sigue resistiendo, continúan organizándose Hitler y Mussolini para la nueva guerra

que van a desatar. Pero la conciencia — o la inconciencia — lejos de gritarles que estén alerta, que se pongan en guardia, se les tranquiliza todavía más a los altos funcionarios de la Europa democrática supercivilizada, cuando en noviembre de 1937 firma Italia su adhesión al pacto contra la Tercera Internacional, suscrito meses antes por Alemania y el Japón.

No se previenen ni se alarman. Se ha fortalecido, ciertamente, el Eje Roma-Berlín-Tokio. Mas Eden, por fortuna; Chamberlain con su paraguas; Blum y sus contrarios; los pares y los lores; Bonnet y Halifax, pueden dormir sin preocuparse, porque los tres imperios agresores han hecho la declaración conjunta, solemnemente rubricada, de que el citado convenio tripartita mantendrá la paz.

¿Escuchan los lectores? ¡¡Mantendrá la paz!! ¡No obstante lo de Abisinia, lo de España, lo de China, lo que han hecho antes y lo que harán después! Nada ni nadie, sin embargo, obtendrá que cambien de actitud los conservadores de Londres ni los socialistas o “radical socialistas” de París, porque tienen confianza plena en la “palabra de caballeros” y en “la sinceridad antibélica” de los totalitarios.

Pero ante todo — y he aquí lo más importante — porque aquel convenio es una ratificación de lucha contra “el comunismo disociador, enemigo de la cultura y del progreso”. Así queda proclamado y suscrito por las tres potencias “civilizadoras”. ¡De manera que no es en perjuicio del Imperio Británico ni

del Imperio Francés que se han unido el Mikado, el Fuehrer y el Duce! ¡¡No!! ¡Es por ideales, por principios, por salvar a Europa del peligro moscovita!

* * *

Satisfechos con el pacto de marras se han de sentir, entonces, los gobernantes quintacolumnizados de Bélgica, de Francia, de Inglaterra, de Polonia, de Hungría, de Holanda y de otros países europeos. ¡Echarán sus cálculos, antes que inquietarse, para unirse también al Eje totalitario y emprender, todos juntos, su gran cruzada contra el antiguo imperio de los czares!

Semejante incomprensión es difícil concebirla en medios como el europeo, de experiencia histórica secular. ¿Pues no ven estos hombres que Hitler y Mussolini, sin lugar a duda, están en España para copar a Francia? ¿Ignoran que el uso de las Baleares y el paso libre por territorio español, le fueron concedidos a Roma, en 1926, por el entonces dictador Primo de Rivera? ¿No saben que diez años después — lo cual explica el apoyo a los facciosos — dejó sin efecto ese Tratado la República antiguerrera y liberal de Azaña? ¿No han leído hacia la misma fecha del pacto contra el comunismo, en publicaciones de tanta seriedad y de tanta responsabilidad como el semanario de Londres, *Contemporary Review*, que sólo el Reich, en 1936 y en los primeros nueve meses de 1937, ha concedido créditos al Soviet por valor de 1,200 millones de marcos oro? ¿No se han ente-

rado, en fin, de que el Fuehrer, al autorizar esos créditos, pone por condición esencial que el cuarenta por ciento lo invierta Rusia en comprar armamentos a la propia Alemania?

* * *

Sabrán estas cosas o no tendrán noticia de ellas — pretenderán, posiblemente, explicarlas y atenuarlas — los defensores capitalistas de la democracia en Europa. Pero la verdad, entretanto, es que Hitler y Mussolini han ido ganando terreno y dominando en toda forma al viejo continente.

Y así tenemos que a principios de 1938, consolidado ya el Eje Roma-Berlín-Tokio, empiezan ambos dictadores a combatir abiertamente, en sus discursos, la política exterior inglesa y la política exterior francesa. Es tan fuerte la campaña contra Eden que Berlín, vale decir, el capataz del Reich, lo hace renunciar. El venturoso Chamberlain, jefe del Gobierno, para fortalecer su posición y complacer a los totalitarios, asume desde esa fecha el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña; e inicia sin dilación su famosa “política de realidades” o de “apaciguamiento”, tendiendo sus largos brazos al Fuehrer y al Duce.

¿Resultados? Son tan recientes que no vale la pena entrar en detalles. Austria cae en marzo. Checoslovaquia en octubre, después de la histórica reunión de Munich, a la que concurrieron y en la que transaron el 30 de septiembre — ¡por temor al comu-

nismo y a la guerra! — Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier. A continuación habrá de seguir Memel. Y más adelante, cuando España al fin se derrumbe, caerá el histrión de Roma sobre la indefensa Albania.

El pueblo español, con su millón y medio de bajas, resiste hasta lo último, hasta febrero de 1939. Abandonado por todos en su epopeya, por todos, sin embargo, ha sabido luchar y seguiría luchando si tuviese armas para defenderse. Espera todavía en enero, fija la mirada en Francia, fija la mirada en el Atlántico. ¿Acaso no dió a luz un nuevo mundo?

No responden del otro lado de los Pirineos. Tampoco responden del otro lado del mar, mantenido el embargo de armas incluso por el Gobierno norteamericano, por el Gobierno antifascista del Presidente Roosevelt. ¡Y se consuma sin remedio el sacrificio con la ofensiva brutal de Cataluña, resuelta por el Duce y por el flemático apaciguador inglés, quien ha ido desde Londres a ponerse de acuerdo en Roma con su amigo personal de Munich!

SE INCENDIA POR FIN EL VIEJO MUNDO CON LA GUERRA DESATADA POR LOS NAZIS

Los dictadores han ganado todas sus batallas hasta 1939, con excepción de España, sin disparar un solo tiro. Han hecho sus paseos triunfales en ancas de la "política realista", que es política de complicidad. Las "democracias" europeas, en suma, peliparadas,

han entregado a sus dos rejoneadores lo que, con otros hombres y con otros gobiernos, Hitler y Mussolini habrían tenido que conquistar a viva fureza.

¿Después? Ocupación de Danzig por el Reich, o la guerra se desata. Deciden por fin enfrentarse al agresor totalitario de Berlín, Chamberlain y Daladier. Septiembre de 1939. Por segunda vez, en este siglo, se incendia la supercivilizada Europa con una nueva catástrofe de repercusión mundial.

¿Italia y Alemania contra Rusia? No por ahora. De momento Moscou y Berlín se necesitan, se respetan. Han firmado un pacto mutuo de no agresión. ¡Italia y Alemania contra Inglaterra y Francia! ¡El Eje Roma-Berlín contra el Eje Londres-París!

La hoz y el martillo, como símbolo de una ideología, no les preocupa a los conquistadores. Así en Varsovia —a pesar de Goebbels y del *Mein Kampf*— pudo ondear y entrelazarse con la swástica. A Hitler le interesan los cereales, las minas, el petróleo, las riquezas del Soviet. De haber, entonces, batalla nazi-fascista contra Rusia, no será por la Tercera Internacional: será por lo que tiene y no por lo que piensa el pueblo ruso.

En esa forma podría explicarse — explicarse solamente — la actitud de Stalin en el actual conflicto, tomando posiciones en el territorio polaco que fué de los czares antes de la guerra del 14, en Finlandia, Lituania, Estonia y Latvia.

*
* * *

La guerra relámpago sigue su trayectoria, sobre ruinas y cadáveres, en 1940. Vencida Polonia, liquidada la situación de Finlandia, van cayendo pueblos y hombres que no quisieron ver la realidad: Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, cuyo rey Leopoldo se entrega de lleno al invasor. ¡Y Francia, por último — sin línea Maginot, moral ni material —, en manos del anciano Mariscal Pétain, destrozada, humillada, escarnecida!

Sobre ella han caído los ejércitos teutones, porque Italia — la de Mussolini, que no es la Italia gloriosísima de Garibaldi — espera desde lejos, con el Duce a la cabeza, la hora del botín y del reparto. ¡Y detrás de los ejércitos del Reich los agentes tenebrosos de la Gestapo, a iniciar una “limpieza” semejante a la que realizaron en España! Para cumplir sus planes cuentan — también como en la sacrificada República Española — con quintas columnas de civiles y de militares.

En esa forma la democracia francesa se convierte al totalitarismo, abandona el régimen parlamentario, se transforma inopinadamente en un nuevo Estado fascista. ¡Es la hora de los Flandin y los Laval, inspiradores y consejeros del Mariscal Pétain, a quien proclama Hitler — bajo sus órdenes — caudillo supremo de los galos!

Victoriosa, pues, soberbia, retadora, taconeando por fin en el viejo continente la bestialidad totalitaria.

¿Se impondrá en las islas británicas, de igual manera?
¿Será más fuerte la ofensiva nazi que los defensores de Inglaterra, con Churchill al frente del Gobierno, pero con Chamberlain todavía en el Gabinete de guerra, de una guerra por la cual le incumbe ante la Historia su parte tremenda de responsabilidad?

* * *

“¿Es cierto que Gamelin se suicidó?” Unos a otros en mi patria se hacían esa pregunta, a poco del desastre del ejército francés y de la entrada de los nazis en París. Se comentaba, al mismo tiempo, la actitud de Monsieur Laval y de Monsieur Flandin, exministros famosos de la República Francesa, quienes felicitaron a Hitler y a Mussolini cuando “la paz” de Munich. “¿Qué sentirán ahora?” Esa era otra pregunta, antes de convertirse Francia al régimen totalitario.

Los periódicos no confirmaron la noticia del suicidio de Gamelin. Pero un apasionado admirador de Francia, más francés que americano por formación intelectual, comentó el caso de Laval y de Flandin diciendo que andarían de fiesta por los bulevares de París, en la grata compañía de algunos jefes nazis, adornados unos y otros, como las calles y los edificios, con el emblema victorioso de la swástica. Respecto del problemático fin del infortunado general, rubricó su conversación aquel amigo, más o menos, con las siguientes palabras:

“¿Gamelin? Lo que habría que preguntar es por qué no se han suicidado Chamberlain y Daladier, Bonnet y Halifax. Y habría también que preguntar por qué no se suicida el Mariscal Pétain.”

En el grupo que lo escuchaba, con razón o sin ella, causaron impresión evidente las frases de aquel comentador decepcionado. Nadie, en realidad, las discutió. Se había referido a siete actitudes y a siete nombres. ¡Figuras representativas de la vieja Europa!

EL PANAMERICANISMO Y LA DOCTRINA DE MONROE COBRAN NUEVA ACTUALIDAD

En nuestros países se refleja, como en el resto del planeta, la trágica situación del hemisferio superculto. Y la Doctrina de Monroe, en previsión de los peligros y consecuencias de la guerra, ha vuelto a ser de actualidad.

Al principio de esta exposición quedó ampliamente reseñado el origen de aquella advertencia norteamericana, formulada en 1823, como un paso defensivo de América contra los designios de la Santa Alianza. Me referí, además, a la forma en que nació la idea de cooperación continental americana.

Posteriormente cambiaron de sentido los principios y las palabras del Presidente Monroe, iniciándose una larga era de temor y desconfianza entre las repúblicas hispanoamericanas, ya no en relación con Europa sino, precisamente, en relación con la polí-

tica exterior y con el imperialismo económico de los Estados Unidos.

En realidad esa desconfianza se había iniciado desde el Congreso de Panamá, convocado por Bolívar para mediados de junio de 1826. Se discutirían en esa gran asamblea las bases sólidas y estables para conseguir un acercamiento efectivo interamericano, valiéndose de convenios, reglamentaciones internacionales y tratados comerciales y políticos.

Es lógico suponer, desde luego, que los congresistas darían allí un status colectivo a la Doctrina de Monroe, en tal forma que las repúblicas americanas no sólo estuviesen defendidas de Europa sino, también, de los propios Estados Unidos o de cualquier otro país del continente.

Pero el Senado de Washington se opuso a la idea de enviar representantes a Panamá, resultando inútiles los esfuerzos del Presidente Adams y de su Secretario de Estado — el viejo amigo de Hispano América — Henry Clay, para que, al menos, fueran extraoficialmente, haciendo ellos los gastos por su cuenta y riesgo. Y hasta se originó un desafío entre el senador John Randolph y el Secretario de Estado Clay, por afirmar este último que la negativa del Senado obedecía a la desastrosa influencia del poder esclavista, que objetaba el trato con países enemigos de la esclavitud.

* * *

La ausencia de representantes norteamericanos hi-

zo que empezara el sur a recelar del norte. Los delegados de las otras repúblicas acordaron en Panamá, después de una corta sesión, que se volverían a reunirse en Tacubaya, México, pero esta nueva conferencia jamás se celebró. Y de entonces en adelante, por la actitud de Washington, se advierte un movimiento, no ya de panamericanismo sino de hispanoamericanismo.

Desde 1831 hasta 1856 se hacen indecibles esfuerzos en Hispano América por reunirse, suscribir pactos de defensa, incluso confederarse. México, perdida la mitad de su territorio como consecuencia de la guerra con Estados Unidos, en 1846 y en 1847, tiene que firmar el Tratado de Guadalupe Hidalgo, después de sus reiteradas gestiones, durante quince años, para la constitución de un congreso defensivo hispanoamericano; Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada y el Perú, se reúnen en Lima para deliberar sobre la situación de México; Chile, Ecuador y el Perú firman un tratado de confederación en 1857, para estar prevenidos contra el filibusterismo norteamericano, personificado en William Walker, quien varias veces invade a Centro América; desde el Río Bravo, pues, hasta las tierras del sur, aumentan la desconfianza y el rencor hacia la Federación del norte.

El espíritu iberoamericano en relación con Estados Unidos no es, sin embargo, de hostilidad a todo trance. Se desea, por el contrario, una franca cooperación sobre bases de mutuo respeto y de justicia,

una nueva interpretación de la Doctrina de Monroe, como se indica en la siguiente nota del Gobierno costarricense, dirigida en 1862 al de Colombia:

“Si nuestras repúblicas pudieran tener la seguridad de que no tienen nada que temer de los Estados Unidos, es indudable que ninguna otra nación podría ser más útil y favorable para nosotros. Y si esa poderosa nación nos ayudara, la simpatía de todo el continente sería suya.

“Mas advertid que el final de la vandálica expedición filibustera de 1855 y de los siguientes años hasta 1860, se debió a intervención, aunque tardía de parte de amigos de Europa, y a nuestro propio esfuerzo.

“Bajo el abrigo de las poderosas águilas norteamericanas, bajo la influencia de sus sabias instituciones y bajo el estímulo de su sorprendente progreso, nuestras recién nacidas nacionalidades recibirían el impulso que ahora necesitan, pudiendo marchar con paso firme, sin experimentar las molestias y dificultades con las cuales han tenido que enfrentarse.

“Se debiera hacer un nuevo convenio, según el cual los Estados Unidos se someterían solemnemente a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de las repúblicas hermanas de este continente; a no anexar a su territorio, ni por compra ni de ninguna otra manera, parte alguna del territorio de dichas repúblicas; a no dejar que se equipen expediciones filibusteras contra las

mencionadas naciones, ni a permitir que se amen-
güen o ignoren los derechos de estas últimas. Des-
cansando sobre un tratado de esa naturaleza, nues-
tras repúblicas aceptarían la idea de una íntima
alianza con el pueblo norteamericano.”

* * *

No continuaré haciendo aquí un examen detallado del proceso en que se van desarrollando las relaciones de Estados Unidos con la América española. Basta, para el objeto de este estudio, con haberme referido al origen del panamericanismo y a la génesis de la Doctrina de Monroe. Así llegaremos al momento actual en que los dos postulados cobran nueva actualidad. Pero sí me parece necesario afirmar que la desconfianza antes apuntada fué creciendo a través del siglo XIX, hasta tomar aspecto crítico en varias épocas de esta trágica centuria.

Esa desconfianza era el resultado lógico de una serie de anexiones, de intervenciones y de hechos ya juzgados por la Historia, que no pueden entonces negarse, como la anexión de Texas; la guerra contra México, antes mencionada; la política francamente agresiva del Presidente Polk; la serie de protocolos sobre canalización en Centro América; la Doctrina Evarts; el Tratado de 1898 y la influencia norteamericana en el Caribe; la adquisición de Puerto Rico; la Enmienda Platt—ya derogada—; el zarpazo a Colombia en 1903; el Tratado Bunnau-Varilla; la tenebrosa política de Knox en Centro América; el Tra-

tado Bryan-Chamorro; lo de Haití, lo de Veracruz, lo de Santo Domingo, lo de Nicaragua, en fin, hasta llegar a las administraciones de Hoover y de Coolidge, con la tesis rotundamente imperialista de que la bandera, es decir, los marinos, las armas y los acorazados norteamericanos, deben seguir a los dólares que se invierten en el exterior.

Para comprender tan desconcertante realidad hay que tomar en consideración, como en el caso de las potencias europeas, el desenvolvimiento económico capitalista. La Federación norteamericana, en efecto, siguiendo el ritmo del siglo XIX — acelerado desde 1914 en forma extraordinaria —, logró convertirse de nación agrícola en país altamente industrializado. Tuvo necesidad, entonces, de materias primas, mercados para sus productos, zonas de influencia, todo lo que ha menester el insaciable capital monopolista en función política y económica. Comenzó así, por consiguiente, su era de expansión y de conquista.

Pero al cabo de los años ha venido a demostrar el Presidente Roosevelt, con su política del buen vecino, que hay manera de convivir, sin que gire todo alrededor de la explotación y de la fuerza. Y con motivo de la nueva y criminal matanza desatada en Europa por las dictaduras totalitarias, frente a este gran sacudimiento que amenaza al mundo entero, Hispano América y los Estados Unidos toman las providencias aconsejables para que juntos nos defendamos de cualquier agresión.

Y surge otra vez, remozada para el momento ac-

tual, la Doctrina de Monroe, con una nueva interpretación que se puede resumir en muy pocas palabras: "Estados Unidos no permitirá el traspaso de ninguna colonia de una potencia europea, a otra potencia europea, en el continente ni en las aguas territoriales de América".

Y se refuerza en Washington, al mismo tiempo, la resolución de la Conferencia Panamericana de Lima, en diciembre de 1938, ratificada un año después en Panamá. De acuerdo con esa resolución, si la paz, la seguridad o la integridad territorial de cualquiera de las repúblicas americanas se viere amenazada, todas las demás, mediante conferencias y consultas, tomarán las medidas adecuadas de defensa.

OTRA CONFERENCIA PANAMERICANA EN CUBA CONTRA LA INFLUENCIA NAZI

Puede observarse que lo resuelto en Lima es precisamente la orientación, el status que Bolívar deseaba imprimir a las relaciones interamericanas en el Congreso de Panamá; que es, también, lo que expresa la nota del Gobierno de Costa Rica al de Colombia, transcrita en folios anteriores; y que, por último, opinó de la misma manera el Presidente Wilson, como se desprende de su famoso discurso de Mobile y de sus declaraciones a los periodistas mexicanos que lo visitaron en 1918, en frases como éstas:

"... Por eso he dicho que hagamos un arreglo

y que tengamos una garantía propia en la que todos nosotros firmemos una declaración de independencia política y de integridad territorial . . . Estemos de acuerdo en que si uno de nosotros — incluyendo a los Estados Unidos — viola la independencia política o la integridad territorial de cualquiera de los otros, todos los demás lo impedirán . . . La paz sólo puede venir por la confianza. Por eso cada uno de nosotros debe, como una obligación patriótica para su país, plantar la semilla de la fe y de la confianza, en lugar de la semilla de la sospecha.” Y del discurso de Mobile:

“ . . . Es necesario conciliar los intereses de los Estados Unidos con las repúblicas hermanas de Sud América. Nosotros les pedimos concesiones y privilegios; buscamos nuestra propia conveniencia, sin detenernos a pensar si los gobiernos y los pueblos sudamericanos obtendrán o no ventajas al favorecer nuestras empresas. . . Cuando los intereses nuestros y los suyos se tomen paralelamente en cuenta y se armonicen; cuando mutuamente trabajemos por el bien de ellos y al mismo tiempo por el nuestro, entonces comenzará una era de acercamiento y simpatía entre los Estados Unidos y sus hermanas del Sur.”

* * *

La guerra, la barbarie totalitaria en Europa, la penetración nazi, la propaganda de Goebbels y de las quintas columnas en Hispano América; todo eso

que encierra tanto peligro para nosotros, para la cultura, la libertad y la democracia como el plan de reconquista de la Santa Alianza en el siglo pasado, hace que el continente americano esté alerta y se prepare. Y con el fin de llegar a conclusiones concretas, se ha convocado para otra conferencia interamericana, que se reunirá el 20 de julio corriente en la capital de Cuba.

El Presidente Roosevelt, como lo vió Woodrow Wilson, como lo verán y lo resolverán los delegados a esa nueva asamblea continental, se refiere al doble aspecto del problema, el político y el económico, para poder enfrentarse con ventaja al totalitarismo del Reich en nuestra vida americana.

Y propone, entonces, junto con medidas prácticas que ratifiquen en la realidad el convenio de Lima, la creación de un organismo que tome y distribuya determinados productos de las veinte repúblicas del sur y del Caribe, de modo que no sufran el quebranto financiero que traería el estancamiento de sus exportaciones por falta de mercados.

Sin duda que los delegados hispanoamericanos, conscientes de su responsabilidad, aprovechando la política del buen vecino, sabrán interpretar el sentimiento profundamente humano de la democracia, así como el firme sentimiento autónomo de los pueblos que allí van a representar.

Estarán seguramente convencidos, con la tragedia de Europa como experiencia, que el viejo mundo ha sido dominado, más que por las hordas de Hitler,

por las quintas columnas, por el fascismo interior de los países que Alemania necesitaba conquistar.

En Francia, en Bélgica, en Polonia, en las monarquías escandinavas, en Holanda, en todas y en cada una de las naciones que el Reich había escogido para invadir — como antes en España, en Austria y en Checoslovaquia —, funcionaban y sembraban su semilla los agentes de la swástica.

Así, en nuestra confiada y accesible América, adquieren tierras; son dueños de diversas industrias; monopolizan ramas vitales de la producción; tienen sus clubs y sus colegios propios; se relacionan con elementos oficiales; y aun llegan a ocupar posiciones destacadas y puestos públicos de responsabilidad. Para obtener lo que desean se acogen a la ciudadanía que les brindan nuestros gobiernos, no obstante que son y seguirán siendo súbditos gregarios del capataz austriaco que imparte sus órdenes desde Berlín.

En Uruguay, según informaciones auténticas publicadas en la prensa norteamericana, pasan de 8,000 los nazis organizados. En la República Argentina funcionan 250,000; en el enorme territorio brasileño, habitado aproximadamente por 2,000,000 de alemanes, se calcula que más de la tercera parte glorifica las grandezas de su Fuehrer; en Costa Rica, vecina del Canal de Panamá, 105 haciendas y 30 beneficios de café pertenecen a empresarios de origen alemán, y solamente en la provincia de Heredia tenía un conocido hitlerista, hasta hace poco tiempo, 18 grandes fincas registradas a su nombre; en Colombia, la otra

vecina de la ruta interoceánica, hacen su propaganda los soberbios alemanes a base de devolver a esa República el territorio y el Canal de Panamá, mientras que en Guatemala ofrecen Belice cuando dominen a la Gran Bretaña.

De manera que el peligro ya lo tenemos dentro, en posesión de América. Y también el peligro está en nosotros mismos, si logran los nazis, con su influencia, su poder y su dinero, inocular el virus totalitario en nuestra América. Ese virus hay que echarlo fuera y devolverlo al Reich — totalitariamente —, porque nada hay tan contagioso como el cáncer de la dictadura.

¡No ha de ser esta otra conferencia de la Habana como la que se verificó en la misma ciudad, en enero de 1928, con asistencia del Estado Mayor imperialista norteamericano! Allí estaban el Presidente Coolidge, el Secretario de Estado Kellogg, Morrow, Fletcher, Hughes.

¡Y el único resultado de las asambleas, con gran satisfacción de las plenipotencias, fué la apertura de un hoyo en la tierra, para dejar sembrado el arbusto panamericano frente al Capitolio!

¡¡Que florezca, por fin, abatiendo a los totalitarios, el árbol de la democracia efectiva en nuestra América!!

VICENTE SAENZ

Nueva York, julio de 1940.

VICENTE SAENZ

LIBROS PUBLICADOS

Traidores y déspotas de Centro América
Cuentos de amor y de tragedia
Cartas a Morazán
Norteamericanización de Centro América
Rompiendo Cadenas
España Heroica

EN PREPARACION

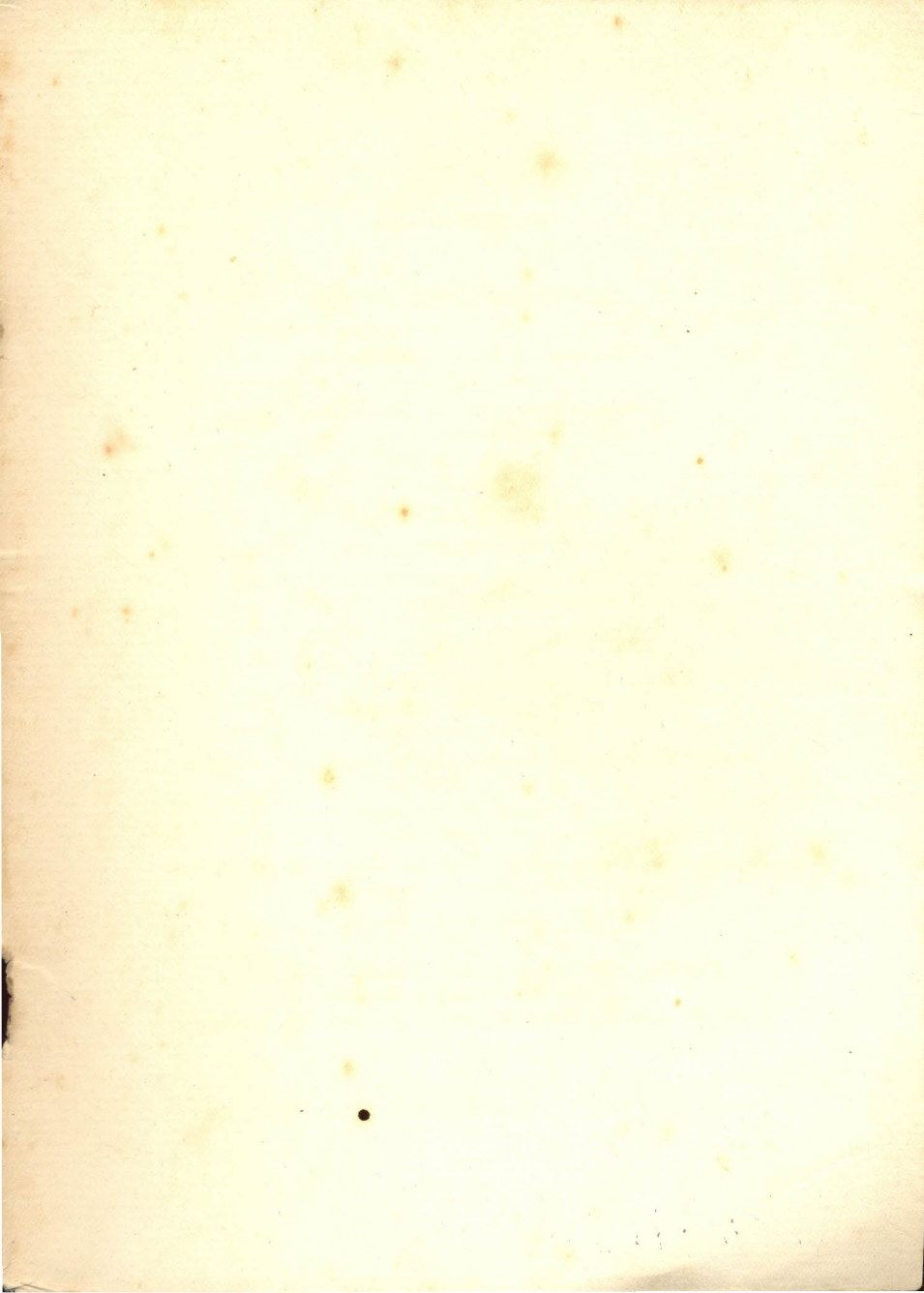
Siete ensayos y un epílogo
El crimen contra España
(Continuación de "España Heroica")

FOLLETOS

Actitud del gobierno de Washington hacia las
repúblicas centroamericanas
(Inglés y castellano)
Intervención de los Estados Unidos en Centro América
(Inglés y castellano)
El Canal de Nicaragua
(Inglés y castellano)
España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936
(Castellano y ruso)
El resplandor de España
(Inglés y castellano)
Palabras del Presidente de la República Española
(Castellano, inglés y francés)
La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América

CARLOS LOPEZ PRESS • 61 CLIFF STREET • NEW YORK, N. Y.

20K 11-1952



PRECIO DE VENTA **\$0.25**

Distribuidores generales:

**EDITORIAL
IBEROAMERICANA
542 West 112th Street,
Nueva York, E. U. A.**